

CARLOS ILLADES y RODOLFO SUÁREZ (coords.), *México como problema: esbozo de una historia intelectual*, México, Siglo Veintiuno Editores, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, 2012, 390 pp. ISBN 978-607-030-438-5

Carlos Illades y Rodolfo Suárez han logrado un importante volumen compuesto por 18 ensayos que discuten obras clásicas –algunas no tan clásicas, otras medio olvidadas– dedicadas al examen de diversos aspectos (problemáticos) de la formación del Estado y de la sociedad mexicanos, divididos en dos partes, ambas precedidas por densas e inteligentes introducciones. El libro lo integran en buena medida textos escritos por jóvenes académicos con carreras en inicio de consolidación, entre quienes predominan investigadores de la UAM-Cuajimalpa, acompañados y balanceados por un puñado de nombres ya plenamente establecidos. Esta amalgama etaria es uno de los aspectos más interesantes del volumen, pues ofrece también materia para un estudio (un ‘meta’ estudio) sobre la manera como las diferencias generacionales de los ensayistas presentes en *México como problema* afectan sus formas de aproximarse a las obras de generaciones pasadas (y de algunos contemporáneos). El compendio está dividido en una primera parte que consiste en estudios sobre tratados sociopolíticos, y una segunda más orientada al análisis de monografías que abordan cuestiones identitarias y sociológicas. Hay un ordenamiento cronológico que arranca del análisis del *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social* de Mariano Otero (1842), y termina con el *México profundo* de Guillermo Bonfil (1987), en medio de los cuales 16 ensayos más estudian, comentan, discuten y debaten (y algunos simplemente glosan) otros tantos fragmentos seleccionados por los editores, cuyos autores “originales” –intelectuales– destacaron problemas “intelectuales” que afectaban a la población nacional, si bien el sustrato de esos análisis permita dudar de la universalidad de esa problemática, que más parece restringida a,

precisamente, los intelectuales. Ése es un problema que se insinúa pero no se aborda plenamente en el libro: la machacada cuestión de los intelectuales en México, las penas que los acongojan y, sobre todo, los motivos (personales, institucionales, contextuales) que los llevan a proyectar sus preocupaciones y a convertirlas en “problemas nacionales”, casi todos ellos fluctuando en las cargadas nubes de la ideología. La estructura dada al volumen hace que *México como problema* sea también un problema a ser resuelto, pues el libro reverbera en sí mismo, y eso es parte de lo fascinante de un trabajo que ofrece varios estratos de lecturas posibles.

Está, desde luego, en primera instancia, la lectura que los autores de los artículos hacen de los textos seleccionados como parte de *México como problema*. En segundo lugar, está la lectura que el lector del volumen hace de la lectura de los autores de los artículos. Y en tercer lugar, un lugar ya lejano, la lectura que el lector del libro puede hacer de los autores analizados por quienes contribuyen al volumen. Ya en la periferia de este círculo de lecturas posibles está la lectura crítica que el autor de esta reseña puede hacer de la selección hecha por los editores del volumen, el famoso “ni son todos los que están, ni están todos los que son”. Llama la atención que los autores seleccionados sean predominantemente mexicanos (Considerant sería la excepción), como si la visualización del “problema” que es México fuera un privilegio exclusivo de los nacionales y se hiciera necesario excluir a personajes de la talla de Turner, Tannenbaum, Simpson, Redfield, Lewis, etc. ¿*México como problema 2?* o ¿*México como problema para ellos?*

Al igual que toda antología bien pensada y organizada, el volumen reseñado debió sujetarse a una pauta editorial para orientar a los colaboradores. Se trataba de abordar los textos elegidos a partir de tres ejes de análisis: los contextos particulares o personales que rodearon su confección, el análisis de la obra propiamente dicha, y su recepción por parte del público letrado (pues incluso obras tan populares como la de Bonfil circularon en ambientes

cuando mucho universitarios – vasos comunicantes, es cierto, de un público mayor, menos “calificado”). La propuesta de los editores fue seguida por la mayor parte de los participantes y la delicada cuestión de la “autoría” de la obra, claramente privilegiada por el planteamiento original, pudo balancearse con el estudio de su recepción, si bien en ningún caso el problema concreto de los “derechos de autor” del lector final fue abordado. Pero en un volumen con tantos “problemas”, este es un asunto menor, o, mejor, materia de otro trabajo. Porque hay que considerar también las inocultables (e inocultadas) atinadas preferencias de los editores por los contextos: los problemas y sus contextos, lo que nos lanza a otra posible mirada, esta interminable, que nos deja ver una sucesión sin fin de interpretaciones de un mismo problema que cambian al son de contextos diferentes, sucesivos, concurrentes, paralelos, etc., sin hablar de los impactos de los contextos internacionales sobre los autóctonos y sus formulaciones intelectuales. En efecto, duchos en las artimañas de la interpretación histórica, los editores le dan al contexto la naturaleza de una resbaladiza cáscara de plátano, que no nos tumba, pero nos hace volar. Porque si es acertadísimo postular la necesidad imprescindible del análisis del contexto de producción para el estudio de una obra y postular que un mismo problema puede ser analizado de formas diversas conforme los cambiantes contextos del analista, entonces hay que advertir sobre el riesgo de que la relación contexto-problema se invierta, con el primer elemento, el contexto, y se convierta en el verdadero problema a estudiar. Y así hasta el mareo total porque no sólo los contextos de análisis cambian la apariencia de un problema sino que los conceptos centrales del problema –“raza”, por ejemplo, como bien lo indican Illades y Suárez– adquieren significados diferentes en momentos diversos. El planteamiento es sin duda provocativo: los “problemas” que aquejan a México tienen su propia historia –y están sujetos a una periodización particular– como objetos de interpretación, diag-

nóstico y panaceas; es decir, no son necesariamente problemas a ser resueltos, sino a ser mejor o peor interpretados, vistos con más o menos acierto en función del contexto (la circunstancia) del analista y de las condiciones personales que vigoran en la operación. Esa historicidad de los problemas exige desde luego líneas de continuidad. Así pasa con los temas centrales abordados por el libro y que corresponden a una particular selección de los editores, sin duda guiada por las evidencias: la cuestión agraria, los dilemas de la “identidad” del mexicano, la tradición autoritaria, la problemática indígena, el mestizaje y la cuestión racial, el nacionalismo y los atavíos de la nación, las debilidades de nuestra “modernidad”, para no hablar de las encrucijadas de la “cultura nacional”. En última instancia, todos esos temas constituyen un único tópico, están estrechamente interconectados y sus relaciones de interdependencia llevan a la constatación de que “México es un problema” de innumerables facetas que son, al final, la misma. Y la formulación más precisa de esta condición está en las líneas introductorias escritas por los editores: ¿cuándo, cómo y por qué México *perdió el rumbo*? Nosotros podríamos preguntarnos: pero, ¿quién dice que había un “rumbo” a seguir? Y de haberlo, ¿cuál sería?, ¿quién lo habría diseñado? ¿Con el dedo de Dios se escribió?

Pero, volviendo a los “problemas” señalados por los autores de los textos analizados (¿y qué decir de los problemas que podrían ser –y son, en varios momentos– planteados por los autores de los análisis a partir de las elucubraciones de los primeros, como los casos de Carlos Illades y sus derivaciones a partir de Víctor Considerant, Francisco Zapata y su análisis de las *Siete tesis* de Stavenhagen, León Olivé y sus reflexiones sobre Villoro y los *Grandes momentos*, o de Alejandro Araujo y su visión del *México profundo* de Bonfil?), hay otro aspecto del libro que vale la pena mencionar, y que ha sido lanzado a los leones en la introducción de los editores. La cuestión de la historia intelectual y su débil lugar en la tradición historiográfica mexicana, y la necesidad de estudiar los

textos seleccionados no sólo por su contenido explícito –es decir, el “problema” formulado–, sino como fuentes para esa historia intelectual, documentos que, como en un palimpsesto, ofrecen una lectura oculta que muestra tenue pero claramente los motivos del lobo, las condiciones que llevan a la formulación del problema, los resortes que impulsan, es decir, una especie de preproblemas que constituyen el motor primero de cada texto (no sólo su “contexto”) y que muestran condiciones de la cultura general, el *air-du-temps* que preside el planteamiento de la cuestión central de cada obra. Es otra apariencia del contexto, más individualizada y al mismo tiempo más generosa. Porque, al final, muchos de esos “problemas” son cuestiones que deben haber “estado en el aire” en formas, digamos, intuitivas, carentes de la elegancia y complejidad que adquirirían después, al convertirse en temas de los intelectuales de sus épocas respectivas. Sin embargo, ¿es la “historia intelectual” una mera historia de estos personajes, los intelectuales? ¿Hacer historia intelectual es simplemente reflexionar sobre lo que otros han escrito, como si fueran documentos de archivo, con la diferencia de que éstos habrían sido elaborados por escribas de alcurnia? Es evidente que no, y los editores de *México como problema* lo saben y están conscientes de ese venenoso reduccionismo, pero al rendirse al *appeal* del subtítulo (*Esbozo de una historia intelectual*) corren un riesgo sin antídoto que, irónicamente, también puede pasar desapercibido.

¿Pero, cuál es el sentido de una obra como *México como problema*? Desde luego, tiene sus indudables méritos didácticos, pues es un volumen que seguramente está destinado a convertirse en libro de texto para las facultades de ciencias sociales del país –lo que también tiene sus desventajas pues invita a “leer” a algunos autores trascendentales por medio de intérpretes o glosadores–. Pero el sentido más interesante es el de aquilatar la preocupación de los intelectuales, y lado a lado con la reiteración de los problemas que atacan, la insolubilidad de los mismos. El paseo cronológico

y la persistencia de los temas muestran resistencias lampedusianas. Pero, ¿por qué los diagnósticos elaborados por las mejores cabezas de ciertos momentos de la historia del país no se vieron reflejados en las políticas públicas del Estado? Esto es una cuestión que parece angustiar a los editores, además de ser una verdad generalizable a una buena parte de nuestra historia, ha sido una eterna queja del gremio que, sin embargo, parece haber disminuido durante la fase “aguda” del reformismo revolucionario, antes de que Cárdenas (y no necesariamente Alemán, como piensan los editores siguiendo a Cosío Villegas) rompiera la paz con el inicio del corporativismo, el ostracismo de los intelectuales activistas y la reclusión de los académicos a instituciones aisladas del proceso de reformas.

Al lado de los debates sobre democracia, partidos políticos y cuestiones sobre “el mexicano”, una parte considerable del volumen está integrada por textos que analizan obras dedicadas a cuestiones agrarias. La deformación profesional de este reseñador hizo que los excelentes trabajos que se ocupan de esas obras [Francisco Pimentel (Pani), Víctor Considerant (Illades), Andrés Molina Enríquez (María José Rhi Sausi), y otros], reivindicaran una atención especial. Dentro de esa vertiente, fue particularmente acertada la selección de textos que discuten a lo largo del libro (en las dos dimensiones principales mencionadas) el “problema indígena”, desde Otero hasta Bonfil, con una ejemplar parada técnica en Villoro, a quien en *México como problema* no sólo se lo incluye y estudia sino que también, involuntariamente, se le encubre, pues la secuencia de los textos que conceptualizan la cuestión indígena constituyen un nuevo “Grandes momentos del indigenismo en México”. Es sintomático que el volumen –tal vez involuntariamente– abra y cierre con el mismo tema: lo indígena y su lugar en el México moderno, tanto el de 1840 como el de nuestra contemporaneidad, lo que parece demostrar la irritante terquedad de lo irresoluto. En fin, leer artículos que estudian autores que han fre-

cuentado las mismas fuentes de reflexión trae inmediatamente la tentación de articular esos diversos discursos –los “originales”–, de confrontarlos, comparar sus categorías y observar no sólo el contexto de la manufactura de la obra, y no sólo su recepción, sino el ambiente intelectual y político en el que ésta se da. Aquí puede estar, y los editores parecen perfectamente conscientes de eso, una posible salida al laberinto del “autor” y un antídoto a la reducción de la historia intelectual a un mero estudio de obras de intelectuales, e inclusive de la propia historia personal de esos personajes. Esto no es una consideración crítica en torno de *México como problema* pues, como esta reseña trata de mostrar, el libro, una obra muy bien estructurada gracias al profesionalismo, inteligencia y seriedad de quienes en ella participan, tiene el gran mérito de ser una empresa altamente innovadora en su concepción, extremadamente útil e ilustradora, una invitación al debate y fuente segura de fructíferas discusiones.

Guillermo Palacios
El Colegio de México

DELFINA E. LÓPEZ SARRELANGUE, *Coapa, la ciénaga de la culebra y las aguas dulces (1500-1968)*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2012, 364 pp. ISBN 978-607-414-321-8

La reciente publicación sobre el territorio de Coapa, al sureste de la ciudad de México, es obra de edición póstuma escrita por Delfina Esmeralda López Sarrelangue, publicada bajo la coordinación de Alicia Bazarte Martínez. En ella se detecta la doble habilidad asociada con los dos doctorados de la autora, uno en historia y otro en letras. El texto hilvana la información, aparentemente